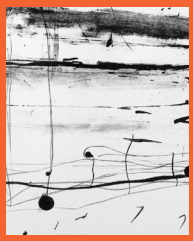
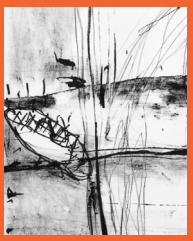



72

Procesos de hibridación y recreación cultural

Nueva Antropología

• **Steffan Igor Ayora Diaz,** Modernidad alternativa: medicinas locales en los Altos de Chiapas • **Mauricio G. Guzmán Chávez,** Cosmética verde: la apropiación de los discursos sobre la crisis de la biodiversidad en Brasil • **Alejandro I. von Bertrab Tamm,** Conflicto social alrededor de la conservación en la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas: un análisis de intereses, posturas y consecuencias • **Elsa Rodríguez Saldaña,** Imágenes del actor colectivo. Una aproximación a la dinámica de las marchas de protesta en la ciudad de México • **Tania Cruz Salazar,** *Writers, taggers, graffers y crews*. Identidades juveniles en torno al grafiteo • **Miguel Figueroa-Saavedra,** La estudiante de Bellas Artes y la generización masculina del artista creativo

Casa abierta al tiempo

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

VOL. XXIII, NÚM. 72, ENERO-JUNIO DE 2010 ISSN 0185-0636

ciedad que día a día ve disminuidas sus garantías individuales en aras de una guerra declarada por un gobierno de derecha y que ya arroja sangrientos "daños colaterales" sobre las relaciones sociales, aún no del todo sopesados. Pero otra vez, esta percepción no agota en absoluto la riqueza, la finura y la amplitud de miras de todo el libro.

Vera Valdés Lakowsky, *La plata en la historia. Del albo brillo a la pureza y perfección*, México, Plaza y Valdés, 2008, 646 pp.

Marialba Pastor*

Las diversas temáticas abordadas a lo largo de las 646 páginas de este libro, dividido en cinco capítulos con un criterio principalmente cronológico,[1] confluyen en un hecho histórico central: la multiplicidad de funciones adquirida por la plata (entre el momento de su descubrimiento, explotación e intercambio) con la aparición de las civilizaciones antiguas, hacia el año 3000 a.C., y el momento en que se completó el circuito del mercado mundial al quedar América y las islas del Pacífico incorporadas a él en el siglo XVI. Esta multiplicidad se podría sintetizar en dos aspectos: la función monetaria-material y la función suntuaria-religiosa. Ambas presentan una mutua y constante dependencia. Desde mi punto de vista, esto convierte al libro en algo novedoso e interesante.

Existen muchas obras que abordan la función de la plata en una región y periodo determinados o que se concentran en el estudio de algún asunto particular relacionado con este metal: la propiedad, la tecnología, la metalurgia, el trabajo, los gremios o el uso artístico, religioso y ornamental. Muchos de ellos dejan de lado lo ocurrido con el metal blanco en el Medio Oriente, India y el este de Asia, dando la impresión de que la invención y el desarrollo de las técnicas minero-metalúrgicas ocurrió en Europa y que su valoración religiosa y suntuaria se dio sobre todo en esas latitudes. La obra de Vera Valdés, en cambio, procura tener un alcance en verdad mundial en términos de la aparición y la desaparición de los distintos centros de desarrollo de la actividad minero-metalúrgica a lo largo de la historia (China, India, Irán, Arabia, Europa, Japón y América). Además, intenta hacerlo desde una perspectiva integral al no separar demasiado los ámbitos político, económico, cultural y religioso, en virtud de abordar sociedades eminentemente premodernas, donde la vida material y espiritual permanecen imbricadas.

Como se sabe, la plata es sinónimo de riqueza, abundancia, brillo, blancura, maleabilidad, pureza y perfección. La obra plantea cómo por mucho tiempo se creyó que los dioses la habían do-

*Historiadora, profesora titular de la Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

[1] Capítulo I: Las operaciones minero-metalúrgicas de la plata y los metales preciosos; Capítulo II: La plata en el mundo antiguo; Capítulo III: La plata en los siglos del IV al XIV; Capítulo IV: Las innovaciones minero-metalúrgicas, la vinculación interregional, los lazos económicos mundiales en los siglos XV y XVI. Capítulo V: La trascendencia de la plata entre los siglos XV y XVI.

tado de estas cualidades naturales a semejanza de ellos mismos, como aspiración de lo que esperaban de los seres humanos. Por ello, la plata se buscó en los más profundos socavones de las más encrespadas montañas, se le arrebataba a quienes la poseían, y se intercambiaba pacífica o violentamente por otras mercancías. En todos los tiempos y los espacios, los objetos de plata fueron imprescindibles en los cultos sagrados e identificados con las autoridades del más elevado rango: reyes, aristócratas y sacerdotes. A menudo fue el recipiente que recibió la sangre del sacrificio humano o animal y una de las materias primas en la construcción de templos (pp. 195-197), la confección de objetos de arte y la ornamentación; asimismo, fue convertida en monedas, exigida a las aldeas y los súbditos de numerosas partes del mundo como un tributo sustituyendo al tributo en especie y, tarde o temprano, fue aceptada por todos los comerciantes como medio de canje por cualquier otra mercancía.

La dialéctica entre el poder divino y el poder político y material (pp. 155-157), la fusión de lo sagrado y lo profano, lo civil y lo religioso, pueden observarse en las monedas de cualquier tiempo y lugar: en una cara se graban las efigies de las altas dignidades y en la cara opuesta símbolos religiosos como cruces, urnas, tumbas y dioses. Por ejemplo, dice la autora de este libro que a fines del siglo IV el emperador Teodosio inscribió el monograma de Cristo para expresar el fin del mundo pagano y su conversión al cristianismo; que a fines del siglo VII los dirhemes del mundo islámico llevaron grabada la leyenda: "Dios es único, Dios es eterno" (pp. 217-218); asimismo, más adelante, en otras monedas se estamparían signos del poder divino de los reyes: el águila de los Hohenstaufen o el escudo de los reyes de Aragón. (p. 259) A ello podríamos agregar que, por su mayor circulación y en virtud de alcanzar aceptación universal como mercancía, la plata convertida en dinero fue un excelente medio de propaganda del poder político y religioso en turno.

¿En qué radicó –y radica– el doble poder divino y terrenal del oro, la plata y otros metales? ¿Cuál es el misterio que encierran los metales preciosos, el cual se extiende por supuesto al dinero en general? La autora de este libro encuentra la respuesta a estas dos preguntas en una palabra clave: la transmutación. Los metales adquieren valor –nos indica– si se transmutan, debido precisamente, a su cualidad de transmutarlo todo: la naturaleza, los hombres, las mercancías e inclusive las almas; pues con oro y plata se adquieren todas las cosas, el cielo y la inmortalidad incluidas; además, con oro y plata se alcanza una buena dote matrimonial, un buen estatus, respeto, honor y poder.

Los seres humanos no sobreviven sin trasmutaciones, buscan de manera continua el cambio, tienden a fascinarse con las metamorfosis. Así, desde el siglo II a. C., en China se practicó la alquimia orientada a la búsqueda de la "vida eterna" y posiblemente a la transformación de metales en oro. Esta práctica siempre entrañó complicadas connotaciones mágicas y religiosas y generó una lógica particular de explicación del mundo como resultado de la experimen-

tación permanente con mezclas y combinaciones (p. 345). De hecho, al laboratorio se le consideró un templo en cuya puerta se colocaba la serpiente enroscada en una vara de oro, o el dragón vigía de los tesoros (p. 339). En la Edad Media, los hornos se pensaron como altares donde se producía la conversión y el perfeccionamiento de la materia; el forjador fue visto como un mago protector de la pureza (p. 177); además, quienes mezclaban sustancias y creaban otras nuevas se consideraron sabios divinizados.

La posesión de metales constituyó una fuente de poder para los gobernantes (emperadores, reyes, príncipes) y para los sacerdotes. Al ser universalmente aceptados como medio de cambio, representaron también el fundamento de la riqueza de las comunidades, las ciudades y las naciones, pues garantizaba la defensa de una nación y su posible expansión y conquista territorial,. De ahí que en el antiguo Egipto los faraones controlaran las minas, y que las de Lario fueran los pilares del poderío marítimo ateniense (pp. 153-154). La exigencia de los estados respecto a pagar los tributos en plata motivó la dominación de unas regiones por otras (como la del mediterráneo español por el imperio romano o la de América por el imperio español); sin embargo, dados los altos costos de extracción de la plata, los estados se vieron obligados a vender u otorgar concesiones a particulares. Tanto en la inversión pública como en la privada, empresarios de todos los tiempos se afanaron por conseguir fuerza de trabajo no remunerada, ya que el trabajo en la mina es duro, insalubre y peligroso. La esclavitud tuvo que justificarse en términos de "pueblos superiores civilizados", nacidos para mandar, y "pueblos inferiores bárbaros", nacidos para obedecer. Se podría añadir que extraer y refinar metales para fabricar armas, puñales, espadas, y cañones fue importante, paradójicamente, para la preservación de la misma esclavitud. De ahí el trabajo de los africanos en minas del todo el mundo, numeroso especialmente en América.

Templos como el de Apolo en Grecia resguardaron los tesoros de las diversas naciones y sus sacerdotes funcionaron como banqueros y prestamistas. El mismo templo fue el lugar de la transmutación de los metales por los orfebres, de modo que, desde la antigüedad, se difundió la idea de que los aldeanos no llevaba la riqueza al templo –donde se encuentra la figura sagrada– sino que ella misma la produce, pues en el camino al templo (como en el Camino de Santiago de Compostela) brotan los mercados, circula el dinero. Asimismo, desde épocas antiguas, las casas de acuñación de moneda estuvieron dentro de los templos y palacios, o muy cerca de ellos. Los secretos de la minería conformaron una sabiduría que se conservó en guildas, colegios y gremios que funcionaron como clanes herméticos a los cuales se ingresaba después de pasar por diversas pruebas, entre ellas jurar no compartir la información que ahí circulaba (pp. 178-180).

Si bien entre gobernantes y particulares hubo un constante estira y afloja por controlar las tierras que albergaban minas (pp. 280-292; 450-456), la

emisión de moneda por lo general se conservó bajo el control del Estado con el fin de aumentar el poder político y simbólico, así como para manejar la economía a partir del incremento o disminución de los precios (p. 267). Ésta fue una de las razones por las cuales las leyes consideraron que falsificar la moneda era robarle dinero al público. Por ejemplo, en el siglo XIII, en la *IV Partida*, Alfonso X "El Sabio" estableció la pena de muerte a los falsificadores de monedas y a quienes alteraran su composición (p. 295).

En las monedas de plata, de albo brillo, como originalmente se le llamó a este metal, en su suavidad, blancura, pureza, luminosidad y lisura se encierra el misterio de la capacidad del ser humano de unirse armónicamente a la naturaleza y dominarla (p. 27). El conocimiento de los metales y su trasformación siempre estuvo vinculado al conocimiento del cosmos por asociación con los astros (p. 435): el Sol –la parte masculina en muchas culturas– con el oro; la Luna –la parte femenina– con la plata (pp. 163, 167, 170) y con los cuatro elementos: tierra, agua, fuego, aire (pp. 332-338). En China se considera al oro, la plata y el cobre como poseedores de un origen común y sus cualidades obedecen a la relación entre el *yin* y el *yang* establecida en el taoísmo (p. 228).

El uso cotidiano de utensilios de plata, vajillas, platones, trinches, joyas, etcétera (pp. 587-603), también guardó dimensiones religiosas de carácter universal no sólo por formar parte de las ceremonias religiosas sino porque: "Se consideraba que ingerir los alimentos o el agua en vasijas de plata permitía una especie de contacto con la luz blanca, brillante universal[…]", además de funcionar como antibacteriana (p. 355).

La extracción de los metales, como una actividad cubierta con un halo de magia y triunfo (p. 101), está presente en la literatura de duendes, enanos y gnomos (pp. 157-159, 161, 171), y el enigma de la montaña, el secreto de las profundidades "donde se encuentran almacenadas las cosas más preciosas del mundo" (p. 67), está revestido de un doble sentido: es una especie de útero materno de donde emerge la riqueza, pero también una especie de tumba que deja a todos en la pobreza.

"Durante la Edad Media europea, sería Dios mismo, el elemento generador de los minerales y éstos, en última instancia materializarían su infinito poder creativo" (p. 69). Las leyendas en torno al Santo Grial (hecho de oro, de plata, o de ambos metales) posiblemente robado por los soldados de Antioquia, indican que debía ser encontrado por los cristianos, pues encerraba la grandeza y uno de los misterios mayores: un cáliz sinónimo de fertilidad, envuelto en los pétalos de una flor, "lo que florece, lo que renace" (p. 394), es la luz, la verdad, "el cáliz en el que Cristo ofreció su sangre a los apóstoles durante la última cena"; la sangre de la alianza para la remisión de todos los pecados; la sangre con virtudes purificadoras y de salvación (p. 388).

El libro subraya la importancia de la extracción de los minerales, al igual que las innovaciones tecnológicas, pudiéndose observar cómo todo se transfiere de una zona a otra desde tiempos antiguos. Por ejemplo, la máquina hi-

dráulica con caballos para el desagüe de las minas data de tiempos romanos, aunque se modificó posteriormente varias veces, mantuvo los principios físicos de la mecánica descubiertos en la antigüedad; al igual que las fraguas y los hornos, perfeccionados en distintos momentos, volverán a causar asombro en Europa en el siglo XIII y más adelante en los siglos XV y XVI.

La información proporcionada por este libro muestra lo absurdo de calificar a Europa como la depositaria permanente de la superioridad científica y tecnológica –tal y como a menudo lo difunde la historiografía– porque el mercado mundial se amplió por oleadas, los intercambios globales fueron continuos y los focos de mayor desarrollo se alternaron entre el norte de África, Asia y Europa, especialmente en tiempos de la Ruta de la Seda terrestre y marítima y el descubrimiento y la explotación de la plata americana por los españoles (pp. 309-312).

La plata y otros metales, llamados de modo genérico dinero, fueron y siguen siendo considerados la garantía de supervivencia de los hombres; la gente cree que son una manera de ahuyentar a la muerte, de alcanzar comodidades y placeres, de superar la obligación del trabajo, de poner a otros al propio servicio, e inclusive de alcanzar la inmortalidad. Como lo narra el libro, poseer estos metales sacraliza o diviniza, es decir, concede el dominio sobre seres considerados inferiores, pero el secreto de tal poder encierra una ambivalencia: la avidez del dinero mata. Con referencia al individuo, sacrificar la vida en la pura acumulación de dinero no deja vivir, esclaviza. Con referencia a la sociedad, su atesoramiento, esto es, su retención fuera del circuito del intercambio, la empobrece. La usura, la codicia y la avaricia son reprobadas en los mitos –Midas casi muere por el oro–, constituyen pecados en todas las religiones y las leyes procuran castigarlas o limitarlas. Desde tiempos antiguos se apunta la ruindad de quien busca desaforadamente dinero. Heródoto, por ejemplo, narra que la reina Nicotris de Babilonia mandó construir un sepulcro en cuyo frente grabó la siguiente inscripción: "[…] si alguno de los reyes de Babilonia que vengan después de mí, escaseare en dinero, abra este sepulcro y tome de él lo que quiera; pero si no escaseare de él, de ningún modo lo abra, porque no le vendrá bien". Darío lo destapó y sólo encontró la siguiente frase: "Si no fueses insaciable de dinero, y no te valieses para adquirirle de medios ruines, no hubieras escudriñado las arcas de los muertos" (p. 124).

El libro concluye con esa locura por el dinero que se arrastra a lo largo de la historia y se refleja en cuentos y novelas sobre pesquisas de tesoros muchas veces acompañadas de claves secretas y mapas difíciles de descifrar y en la literatura sobre avaros que descubren cómo el atesoramiento excesivo destruye la producción y el mercado, pues la riqueza es como la vida, sólo el movimiento, la circulación y el intercambio las producen (pp. 565-566). Sólo ello genera trabajo y consumo, y sólo así es congruente con la forma mágica circular del movimiento infinito de los astros, forma circular con la cual se identifican la mayoría de las monedas.